461

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

Á MEDIA NOCHE

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

(CAMILA CALDERON.) pseud.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de Variedades,
el 9 de Noviembre de 1880.

María Purificación Llobet

MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1881.

Á MEDIA NOCHE

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

CAMILA CALDERON.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de Variedades,
el 9 de Noviembre de 1880.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
Isabel.....	Doña Luisa Rodriguez.
Luciano.....	Don José Vallés.
Jacinto.....	Don Andrés Ruesga.

La accion se supone en Madrid.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

La propiedad de este juguete pertenece á su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirle ni representarle en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la galería *lírico-dramática* perteneciente á D. Eduardo Hidalgo son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

La escena representa un pequeño gabinete. A la derecha, en primer término, y arrimado á la pared, un tocador: en segundo término una ventana. A la izquierda, en primer término, una chimenea: en segundo término una puerta que comunica con el resto de la casa. En la pared del fondo un armario. A la izquierda, y en segundo término, un velador; sobre él una palmatoria con bujía apagada y una caja de cerillas. Sobre la chimenea un quinqué encendido. Delante del tocador una silla; y sobre él dos candelabros con bujías apagadas. La ventana abierta y sin colgaduras. Junto á la chimenea dos butacas. El mueblaje elegante y lujoso.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

(Al levantarse el telon, Isabel se sentará delante del tocador, se despeinará mientras habla y se pondrá una toquilla de dormir.)

ISAB. En verdad que cuando se pasan las horas á solas parecen bien largas. Ya estoy aburrida de leer y de bordar; voy á acostarme. Despues de todo ya es media noche... ¿Qué estará haciendo á estas horas aquél ingrato? Quizás departiendo dulcemente con su adorado tormento, mientras que yo... Y despues los hombres acusan de inconstantes á las mujeres!... (Se levan-

608564

ta.) Vaya, ya estoy dispuesta. (Va hácia el velador y enciende la bujía. Luego apaga el quinqué que habrá sobre la chimenea.)

ESCENA II.

ISABEL y LUCIANO.

(Este aparece por la ventana y se detiene un momento de pié sobre el antepecho.)

LUC. No me sueltes que me voy á caer al patio. (En voz baja y dirigiéndose hácia fuera. Dá un salto y entra en la escena.) Ahora! (Ya estoy dentro!)

ISAB. (Reparando en Luciano.) Jesús!

LUC. ¡Es ella! (Por Isabel.)

ISAB. Un hombre! (Gritando.) Vecinos! Vecinos!... Socorro!... Ladrones!...

LUC. (Deteniendo á Isabel.) Señora, calle usted por Dios! (Con sigilo.)

ISAB. Pero...

LUC. No me comprometa usted con sus gritos.

ISAB. Es que...

LUC. Crée usted que tengo trazas de ladron?

ISAB. (No; la verdad es que no lo parece.) Pero, caballero, ¿qué otra cosa debo pensar de un hombre que á media noche se introduce de esta manera en una casa extraña? Tenga usted la bondad de explicarme...

LUC. Tendré ese honor si usted me lo permite. (Se descubre.)

ISAB. (Sus maneras son distinguidas.)

LUC. Señora, yo he matado á un hombre. (Con cierta afectacion cómica.)

ISAB. Cómo?... (Con terror.)

LUC. He dado muerte á un hombre, sí señora!

ISAB. Oh! Me hace usted temblar!...

LUC. Tambien yo tiemblo al recordar aquel lance! Ah! Pero en usted confio y en su bondad para que no dé conmigo la justicia, que quizás á estas horas esté en esa escalera. (Señalando hácia la ventana.)

ISAB. Cómo? En la escalera de mi casa la justicia?

LUC. En la escalera de su casa de usted; sí, señora. Y que me persigue á mí que es lo más triste!

ISAB. Dios mio! Por qué tendré la maldita costumbre de dejar abierta esa ventana? Ahora me veo en este apurado trance por...

LUC. Si quiere usted que la cierre...? (Se dirije hacia la ventana para cerrarla.)

ISAB. No, no: prefiero tenerla abierta. (Luciano se detiene.) (Cómo he de quedarme aquí encerrada con ese hombre?) Lo que deseo, caballero, es que tenga usted la bondad de esplicarme por qué se encuentra en mi presencia.

LUC. A eso iba precisamente. No sé si sabrá usted que esta noche era la última representacion de la temporada en el teatro Español.

ISAB. Sí, lo sé; pero ¿qué tiene que ver...?

LUC. Yo asistí á esa representacion. A la salida quedé esperando mi coche. Una señora jóven y hermosa aguardaba tambien el suyo, que supuso seria el último: pero el último era el mio; su coche no estaba allí. —Qué hacer? decia, en medio de la mayor desesperacion, mi hermosa desconocida.— Señora, exclamo dirigiéndome hácia ella, si usted desea un coche para volver á su casa, aquí está el mio que tengo el honor de poner á su disposicion. Acepta la dama, me ofrezco á acompañarla, acepta tambien, y cuando henchido de gozo colocaba un pié sobre el estribo para subir al coche, en el que ya ella me aguardaba, un hombre se acerca y asesta sobre mi rostro el bofeton más terrible que se ha dado en la tierra.

ISAB. Era quizás el marido de la dama?

LUC. Yo no sé quién seria; solo sé que al verme golpeado de aquella manera, echo

mano al rewolver que en el bolsillo de mi gaban llevaba, y sin encomendarme á Dios ni al diablo disparo á quema-ropa contra mi agresor!...

ISAB. Matándole?

LUC. Cá, no señora; eso es lo chocante, que en lugar de matarle, como era natural, dí muerte al cochero y herí á uno de los caballos que estaban á mi espalda.

ISAB. Pero cómo tiró usted?

LUC. Señora, cada cual tira como puede. Yo tiré así, y escuso decir á usted que la gente que pasaba rodeó el coche al momento, que sobrevinieron un sereno y varios agentes de la autoridad, los cuales quisieron aprehenderme; pero yo logro emprender la huida, y atravesando plazas y calles llego al fin á esta casa; á la presion de mi mano la puerta cede, subo con precipitacion, creo escuchar ruido de gentes que suben detrás de mí las escaleras, oigo cerrar la puerta y en medio de la escitacion febril de que me hallaba poseido trato de arrojarme al pátio por la ventana...

ISAB. Jesús!

LUC. Pero en aquel mismo instante distingo luz aquí dentro; y sin pensar más que en salvarme, pongo un pié en la ventana de la escalera, otro en esa ventana y... ya sabe usted lo demás.

ISAB. Pero caballero, esa historia es horrorosa. Si la justicia ha seguido á usted efectivamente y le ha visto entrar en esta casa, ¿qué va á ser de nosotros?

LUC. No, en la escalera no debe de haber nadie, porque despues de tan largo espacio de tiempo ya hubieran dado señales de vida.

ISAB. Y la puerta que usted oyó cerrar?

LUC. La cerraría algun vecino: de modo que en la escalera no hay ningun peligro; pero tal vez en la calle esperan á que salga; por lo tanto, con su permiso y procurando

molestar á usted lo ménos posible, voy á tener el honor de pasar la noche en esta su casa.

ISAB. Qué? Pasar la noche aquí?

LUC. Señora, yo no me atrevo á salir á la calle. Ya vé usted que si me esperan para dar conmigo en la carcel, no creo que tenga gracia! (Se quita el gaban y el sombrero y lo deja sobre el velador.)

ISAB. Pero ¿qué confianza es esta? Se quita usted el abrigo?

LUC. No, diré á usted; me lo quito porque en este cuarto hace un calor extraordinario.

ISAB. Oh! Más yo no puedo consentir que pase usted la noche aquí. Mi reputacion sufriria... Yo vivo sola y no es prudente...

LUC. Sí, comprendo que tiene usted razon; pero yo no salgo á la calle por nada del mundo.

ISAB. Y qué vamos á hacer?

LUC. Sentarnos y ponernos de conversacion.

ISAB. Por quién me toma usted, caballero?

LUC. Señora, conversar no es ningun delito.

ISAB. Ya basta. Voy á salir al balcon de ese gabinete que dá á la calle: (Indicando la puerta de la izquierda.) observaré lo que en ella sucede, y si nada de particular ocurre, saldrá usted al momento de mi casa.

LUC. Como usted guste.

ISAB. Vuelvo al instante. (Se va por la izquierda.)

ESCENA III.

LUCIANO y despues JACINTO.

LUC. Pues señor; no he finjido mal! Ha creido cuanto le he dicho. Oh! Ya estoy en camino de conquistarla! Y qué linda es! Y qué deseos me daban de caer á sus piés exclamando... «Señora, yo adoro á usted; yo la amo, yo...»

JAC. Luciano! (Dentro.)

LUC. Qué es eso? (Prestando atencion y dirigiéndose

hácia la ventana á tiempo que Jacinto aparece en ella y se detiene un momento sobre el antepecho.) Pero chico! (Al ver á Jacinto)

JAC. Déjame entrar.

LUC. ¡Cómo! ¿entrar? Se te ha vuelto el juicio? Vamos, hombre, vamos, vete! (Mirando receloso hacia la puerta de la izquierda; é impidiendo que Jacinto entre).

JAC. Aparta!

LUC. Jacinto!

JAC. Aparta te digo! (Dá un empujon á Luciano y entra de un salto en la escena.)

LUC. Pero hombre, tú me quieres perder irremisiblemente!

JAC. Lo que voy á hacer es á pegarte un tiro. (Gritando).

LUC. Baja la voz por Jesucristo. (Bajando la voz receloso).

JAC. No me dá la gana! Bonito humor tengo! (Se pasea furioso por la escena.)

LUC. Hombre, no dés esos taconazos, por María Santísima! (Ay, Dios mio, si llega á volver...!) (Mirando recelosamente hacia la izquierda).

JAC. Y despues de todo ¿para qué, para qué hago la guardia en esa escalera? Para que te pasées solo por este gabinete?

LUC. Estoy solo, solo, por que la señora que me acompañaba ha salido de aquí hace un momento; pero va á volver en seguida, sí, va á volver, y si vuelve y te encuentra figúrate qué lance! Vamos, Jacinto, por todos los santos de la córte celestial, márchate al punto.

JAC. Cá, hombre! Te parece que me voy á estar toda la noche en esa escalera?

LUC. Pero porqué no te has ido á tu casa ó á casa de la Condesa ó al infierno? Quién te lo ha impedido? Te rogué que vinieras conmigo para que me ayudases á pasar de ventana á ventana; pero...

JAC. Pues no es muy arriegado el paso, porque

ya ves que yo he pasado solo y no me he caido al patio.

LUC. Sí; mas yo lo ignoraba. Y lo que te pregunto es porqué no te has ido. Eso es lo que quiero que me digas. Reponde! Porqué no te has ido en cuanto yo he entrado? (Jacinto se quita el gaban y lo pone sobre el de Luciano). Pero, grandísimo maldito, qué estás haciendo? Y cuándo vuelva esa señora...?

JAC. Cuando vuelva, en lugar de uno verá dos.

LUC. (Vamos, yo le voy á estrangular!) Jacinto, estoy furioso.

JAC. Sí, no lo niego; pero lo estoy yo mucho más!

LUC. Sí, te sobra la razon, lo reconozco; mas ahora haz el favor de salirte á esa escalera.

JAC. Cá, hombre! (Se sienta en la silla que está junto al tocador.)

LUC. Y te sientas? (Fuera de sí.)

JAC. Escusada es la pregunta puesto que lo estás viendo.

LUC. Mira que voy á hacer contigo una de *pópulo bárbaro*!

JAC. (Levantándose.) Pero hombre, si debia ser yo quien te abofetease ¿y aún te atreves á levantar la voz? Vienes ayer y me dices: «Quiero conquistar á una hermosa. Ella no me conoce; pero yo sé donde vive; sé que está sola; que su cuarto da al patio; que desde la escalera puede pasarse á su ventana, que está siempre abierta: ven conmigo; iremos de noche, y cuando un vecino cualquiera entre nos introducimos fingiendo ser otros vecinos de la casa. Me ayudas á pasar de ventana á ventana; y cuando vuelva el vecino del cuarto tercero, que todas las noches vuelve á las doce y cuarto, tú, que estás esperando en la escalera, te sales á la calle.» Yo, pacientísimo señor, porque se trata-

ba de un amigo y á pesar de que la Condesa me esperaba y de que mañana tengo que volverme á Cartagena donde mi mujer me aguarda...

Luc. Pobre de tu mujer! La compadezco! Si ella supiera en qué empleas tu tiempo en Madrid...!

Jac. Sí, bueno; eso no es ahora del caso. Lo cierto es que hago cuanto quieres; pero el vecino que debia venir no viene ó ha venido esta noche más temprano y aquí me tienes aburrido y sin poderme marchar! Y cuando pienso que esta es la última noche que yo debia ver á la Condesa! ¿Cuál, cuál de los dos tiene aquí derecho, dí, para estar más furioso? Si no soy yo, venga Dios y lo vea!

Luc. Bueno, sí, lo concedo; pero por la Vírgen María, márchate ahora, Jacinto, que mañana nos entenderemos.

Jac. Hazme el favor de figurarte que estoy sordo. (Sentándose.)

Luc. (¡Pues señor, yo quisiera saber el hombre de más calma qué haria en mi lugar!) Pero todavía estás ahí sentado?

Jac. Como que no llevo ánimo de marcharme.

Luc. Ah! Se oyen pasos! (Presta atencion.) Es ella! Ella!

Jac. Bueno. Ahora la conoceré. (Tranquilamente y sin levantarse.)

Luc. Mira lo que te digo: (Arrebatadamente obliga á Jacinto á que se levante y le empuja hácia la ventana.) Como me llamo Luciano que si no te vas te echo por la ventana! (Rapidez.)

Jac. Pero qué tropelía es esta? (Sin tiempo para defenderse.)

Luc. Nada, que te voy á arrojar al pátio. (Empujando á Jacinto hasta la ventana.)

Jac. Chico! chico! (Es muy capaz de hacerlo.) (Tratando de defenderse.)

Luc. Sube! (Empujando á Jacinto.) Sube ó vas al

patio! Pronto, pronto! (Jacinto sube á la ventana.)

JAC. Bárbaro! Cafre! (Desaparece por la ventana figurando que salta desde ella á otra inmediata.)

ESCENA IV.

LUCIANO.—ISABEL. (Sale Isabel por la izquierda.)

LUC. Ah! Señora... (Va á conocer que estoy alterado.)

ISAB. Caballero, he tardado por que me he entretenido observando la calle; y por la tranquilidad que en ella reina es evidente que la policía está desorientada; puede usted, pues, marcharse sin esposicion ninguna. Por si el portal está cerrado aquí tiene usted la llave. (Da á Luciano una llave). Baja usted, abre...

LUC. Usted baja conmigo?

ISAB. No señor; aguardaré en la puerta de la escalera á que usted me devuelva la llave despues de haber abierto.

LUC. Señora... (Qué inventaría yo para no marcharme?) Gracias por... (Ah! sí! le doy la llave á Jacinto por la ventana y con eso él se vá, digo que se me ha perdido y ya no puedo salir...)

ISAB. (Mientras Luciano habla habrá ido al velador y habrá tomado la palmatoria.) Usted tendrá cerillas?

LUC. (Cómo se la daré?) (Por la llave.)

ISAB. Con ellas puede usted alumbrarse para bajar, subir y volver á bajar las escaleras.

LUC. (Y cómo le llamo?)

ISAB. No oye usted lo que le digo?

LUC. Sí, sí señora... pero... hay una pequeña dificultad.

ISAB. Cuál?...

LUC. Que no tengo fósforos.

ISAB. Pequeña es! Tanto, que al momento voy á

zanjarla. Aquí precisamente hay una caja. (Va hácia el velador y busca la caja de cerillas.)

LUC. (Esta es la ocasion.) (Se aproxima hácia la ventana.) Jacinto! Toma la llave! (Llamándole con sigilo y alargando la mano.)

ISAB. Qué? (Volviéndose repentinamente.)

LUC. (Uy! Se me ha caido al patio.) (Dejando caer la llave por la ventana.) No, nada...

ISAB. Pues cuando usted guste... (Dá á Luciano la caja de cerillas.)

LUC. Señora... bien quisiera obedecer á usted, pero no sé qué siento! (Diré que me pongo enfermo, porque yo no me voy.) Tengo un malestar... (Vacilando.) Las emociones de esta noche... (Vacila y busca un apoyo.)

ISAB. (Dejando la palmatoria sobre el velador y corriendo á sostener á Luciano.) Caballero! caballero! Que va usted á caerse! (Luciano se apoya en Isabel y deja caer la caja de cerillas. Luego, siempre sostenido por Isabel, se sienta en la silla que está junto al tocador. En este mismo momento Jacinto saca medio cuerpo por la ventana.)

JAC. Uy! (Se retira repentinamente.)

ISAB. ¡Ah! (Pausa.) (Se miran como interrogándose

LUC. ¡Qué? (mútuamente. Luciano permanece sentado.)

LUC. Decía usted?...

ISAB. Eso es lo particular, que yo no he hablado ni usted tampoco y que, sin embargo, una voz ha sonado aquí dentro.

LUC. (Jacinto ha sido, no hay duda.) Señora, será el gato.

ISAB No hay gato en esta casa. Además, era una voz humana lo que hemos oido bien claramente se ha percibido un ¡uy!

LUC (Estoy en un brete!)

ISAB. No lo recuerda usted?

LUC. Pero, señora, si he sido yo quien. .

ISAB Cómo? Yo estaba junto á usted y no he notado ..

LUC. Pues no le quepa á usted duda; he sido yo quien ha exclamado «uy!» Yo mismo; sí,

señora. (Quisiera tenerle aquí para ahogarle.)

ISAB. Y qué significa?...

LUC. Diré á usted, señora: ¡uy! significa muchas cosas. A veces se exclama ¡uy! como queriendo decir: «cuánto me duelen los callos!» Otras veces decimos: ¡uy! como queriendo significar: «¡qué frio tengo!» Y en esta ocasion, al exclamar yo ¡uy! queria decir: yo amo á usted, yo la adoro, bellísima Isabel!

ISAB. Qué? Usted sabe mi nombre? (Volviéndose repentinamente y con gran estrañeza.)

LUC. Desde hace quince dias tengo esa fortuna.

ISAB. Pero si yo no le he visto á usted en mi vida.

LUC. Porque usted no ha querido fijarse en mí, sin duda alguna, pues hace dos semanas que soy su más constante adorador.

ISAB. Cómo no me lo ha dicho usted cuando ha entrado? Ello me estraña.

LUC. Porque la media luz que nos alumbra me impidió al principio reconocer á usted.

ISAB. He aquí una contrariedad... (Se levanta.)

LUC. Pero, señora, tenga usted la bondad de sentarse. Qué hace usted de pié estando yo sentado? (Se levanta.)

ISAB. Como usted se sentia enfermo no es estraño que... Además, yo estoy así perfectamente: lo que deseo es que cobre usted ánimo cuanto antes y salga de esta casa.

LUC. Ahora que iba á relatar á usted cómo y cuándo tuve la dicha de conocerla?

ISAB. No siendo necesario ni del mayor interés, puede usted omitirlo.

LUC. Cá! no señora, no llevo tal ánimo; tanto más cuanto que soy aragonés. (Isabel mira á Luciano con estrañeza.) Aragonés, sí señora: nacido en Zaragoza y bautizado en la parroquia de San Pablo.

ISAB. Bien ¿y qué?

LUC. Nada: que siendo aragonés dicho se está que soy muy terco: y ó se sienta usted y escucha mi relacion ó no me voy en toda la noche. (Se sienta.)

ISAB. (Vamos, este hombre ha llovido aquí como una verdadera desgracia. (Se sienta.)

LUC. Usted resolverá

ISAB. (Acabemos cuanto antes.) Ya escucho á usted. (Isabel se sienta en el sillon que habrá junto á la chimenea).

LUC. Pues bien: hace quince dias próximamente, fuí una mañana al Museo de Pinturas y entré en la Sala de autores contemporáneos. Delante del celebrado cuadro de Pradilla, Doña Juana la Loca, ví á usted, señora, que al contemplar el lienzo derramaba dos silenciosas lágrimas.

ISAB. Yo era efectivamente!

LUC. Cuán bella estaba usted! (Acercando algun tanto repentinamente su silla á la de Isabel.) Cuán seductora!

ISAB. Caballero!...

LUC. Es viuda, dije para mí, y el cuadro que contempla trae á su memoria el recuerdo querido de su esposo! Ah! (Repentinamente y acercando su silla algo más á la de Isabel.) En aquel momento y en tumultuoso tropel, el amor, los celos y la envidia anidaron en mi pecho!...

ISAB. Ya basta!... (Queriendo levantarse. Luciano se lo impide con un ademan.)

LUC. Permítame usted que acabe. (Isabel permanece sentada y dando muestras de impaciencia.) Dejó usted la sala aquella y yo quedé clavado en mi sitio contemplando dolorosamente el que usted abandonaba. Ah! (Acercando su silla á la de Isabel: ésta se levanta.)

ISAB. Caballero; he dicho y repito que ya basta. (Va hacia el velador y toma el gaban y el sombrero de Luciano.) Este es su gaban y su sombrero. (Le dá el sombrero y el gaban.)

LUC. Gracias, señora. (Cuando digo que es una conquista dificilísima!)

ISAB. Pero, qué es esto? (Reparando en el gaban de Jacinto.) Otro gaban?

LUC. (Dios poderoso! Si es el de Jacinto que le ha dejado olvidado!)

ISAB. De quién puede ser este gaban, caballero?

LUC. Mio, señora.

ISAB. Pero si tiene usted el suyo sobre el brazo.

LUC. Sí, diré á usted, es... que... que... llevo dos. Como hace tanto frio tengo costumbre de...

ISAB. Frio para llevar dos gabanes en el mes de Mayo?

LUC. No, frio precisamente, no; pero es que como estoy tan constipado...

ISAB. Eso es distinto. Tome usted, pues, su *segundo gaban*.

LUC Mil gracias. (Colocando los dos gabanes sobre el brazo). (Pues señor, nada; parezco un sastre!) (Por los dos gabanes que lleva sobre el brazo).

ISAB Vamos, caballero; póngase usted los abrigos y tenga usted la amabilidad de retirarse.

LUC. Voy al momento, señora. (No hay remedio!) (Va á ponerse el gaban y tropieza con el velador, que se viene al suelo con la palmatoria. La escena queda repentinamente á oscuras.)

ISAB Ah! (Breves momentos de silencio). Qué ha hecho usted?

LUC. Derribar el velador, segun creo: pero ha sido inadvertidamente; puedo jurarlo, señora.

ISAB. Dónde habrá cerillas? (Maldito trapisondista!) Ah! sí! Usted tiene una caja.

LUC. Pero no sé en dónde la he puesto!... Nada, que no la puedo encontrar. (Buscando en sus bolsillos).

ISAB. (Cuando digo que este hombre es una calamidad!) Tenga usted, pues, la bondad de aguardar un instante. Voy por una luz. (Se va á tientas por la izquierda).

ESCENA V.

LUCIANO.—JACINTO.

LUC. Por mi fé, que me he lucido en esta aventura! ¡Poco se va á reir de mí Jacinto cuando sepa... Si al ménos hubiese conseguido interesarla... pero ¡cá! ni siquiera... (Sale Jacinto por la ventana y se detiene de pié en el antepecho). Debo de estar haciendo una figura!... Veamos si encuentro una silla... (Busca dirigiéndose hácia la ventana).

JAC. Pues señor, estoy aviado: se ha ido sin darme la llave, y he de pasar la noche en la escalera. Maldito atolondrado!... Luciano! (Llamando en voz baja).

LUC. Qué es eso? Estás ya otra vez ahí!

JAC. Y tú, gran canalla, qué haces á oscuras? Estás solo ó acompañado? Me dás esa llave ó nó? Quieres al fin que te ahogue?

LUC. Chist! Calla! No grites!..

JAC. Pues dame la llave que me ofreciste y vete al infierno, condenado! (En voz baja).

LUC. Chist!.. (Temeroso).

JAC. Vamos, enciende una cerilla con dos mil demonios y nos veremos las caras al menos. (Gritando).

LUC. Quieres no gritar por las once mil Vírgenes; grandísimo tunante?

JAC. Y quieres tú encender una cerilla?

LUC. Pero si no tengo ninguna ¿cómo quieres que la encienda?

JAC. Vaya, vaya; esto ya pasa de castaño oscuro! (Dá un salto y entra resueltamente en la escena viniendo á caer junto á Luciano y tropezando con él.)

LUC. Bárbaro... Avestruz! Vamos, irremisiblemente te has propuesto desesperarme!

JAC. (Saca de su bolsillo una caja de cerillas y enciende una). Ya te daré yo á tí mañana tu merecido, ya! (Mirando á su alrededor). Y des-

pues de todo estás solo! (Vá hacia el tocador y enciende una bujía). A la verdad que para pasar la noche á solas no merecia la pena de haberte molestado y haberme perjudicado á mí de esta manera.

LUC. Si yo te pudiera referir las peripecias y los lances que... pero como lo que deseo es que te vayas...

JAC. Dame la llave y al punto salgo. Deseo aca. so otra cosa?

LUC. Pero hombre, si se me ha caido al patio!

JAC. Vamos, no sé como no te ahogo! Y cómo salgo yo ahora? Pero ¿qué esto? Te has peleado con tu hermosa? (Reparando en el velador que está en el suelo.)

LUC. Qué he de pelearme, hombre, si casi no he tenido aun ocasion de hablarle de mi amor?.. Me mandó salir: fuí á ponerme el gaban, y sin querer, derribé...

JAC. Tu abrigo y el mio por el suelo tambien!.. (Recogiendo del suelo los gabanes.)

LUC. Por cierto que con dejártelo me has puesto en el aprieto mayor... Ah! (Prestando atencion.) Ella! Ella que viene! (Por Isabel.)

JAC. Pues venga la llave.

LUC. Pero quieres que la fabrique yo, por ventura? No te he dicho que se me ha caido al patio? Vete! vete! vete! Que viene... (Empujando á Jacinto Rapidez). Si ya no tienes tiempo! Escóndete debajo de esa butaca. (Empujando bruscamente á Jacinto, que no puede defenderse y que lleva sobre el hombro los dos gabanes que ha recogido del suelo.)

JAC. No, no!

LUC. Debajo de una silla!

JAC. Ni que fuera un gato...

LUC. Pues en este armario, en este armario! (Abriendo el armario y obligando á Jacinto á que entre en él. Entra por fin Jacinto llevando los dos gabanes sobre el hombro. Cierra Luciano el

armario, pero no da la vuelta á la llave.) (Qué trapisonda!)

ESCENA VI.

LUCIANO.—ISABEL.

(Sale Isabel por la izquierda, con una luz.)

ISAB. Ah! Tiene usted ya luz?

LUC. Sí; sí, señora. (En voz baja y con cierta turbacion.)

ISAB. Porqué baja usted tanto la voz?

LUC. (Para que no me oiga Jacinto; si vé que no he adelantado un paso se va á burlar de mí.) Porque los vecinos del cuarto de enfrente están en la ventana. (Con sigilo).

ISAB. (¡Dios mio, este hombre va á comprometer mi reputacion!) Pues vamos, vamos pronto, por Dios. (Bajando la voz.)

LUC. Sí, vamos. (Qué he de hacer ya sino irme? (Siempre en voz baja y con sigilo, hasta el final de la escena.) Pero es el caso que no tengo la llave.

ISAB. Pues yo se la dí á usted.

LUC. Sí, mas no sé en donde la he puesto.

ISAB. Bien, eso no es inconveniente para que usted se marche. Yo tengo otra llave y al salir se la daré á usted. Sírvase usted tomar el sombrero y los *gabanes*.

LUC. Los... los gabanes? (Recoje el sombrero del suelo.) (Aquel demonio se los ha metido en el armario. Otro compromiso!...)

ISAB. Donde están, caballero?

LUC. No sé... Ah! Sí!... Los llevo, señora.

ISAB. Que los lleva usted? Yo no los veo.

LUC. No, diré á usted; es que... que... los llevo en el bolsillo.

ISAB. (Nada, este hombre ha perdido el juicio! Pero lo que me importa es que se vaya cuanto antes.) Pues bien, sea de ello lo que

fuere, tenga usted la bondad de salir al momento.

LUC. Sí, sí; al instante...

JAC. (Qué harán?) (Entreabre el armario y se asoma.) (Qué veo? Mi mujer!) (Por Isabel.) (Vá á salir, pero Luciano le empuja precipitadamente hacia adentro y cierra el armario dando vuelta á la llave.)

LUC. Imprudente! (Bajo á Jacinto.)

JAC. (Ah!)

ISAB. Vamos, caballero! (Se vá por la izquierda.)

JAC. Luciano! (Golpeando el armario.)

LUC. Qué hago? No, yo no le abro; pero si ella se queda con él y me quita la conquista... Voy, señora, voy... (Vase por la izquierda.)

JAC. Luciano! Luciano! Vive Cristo! Aquí me voy á ahogar!...

ESCENA VII

ISABEL.—JACINTO.

(Isabel sale por la izquierda.)

ISAB. Gracias á Dios que se ha ido!... Cómo? Qué ruido es ese?

JAC. Luciano! (Golpeando el armario.)

ISAB. Dios mio! Jurára que esa voz es la de mi esposo!

JAC. Isabel!

ISAB. Me llama!

JAC. Isabel!

ISAB. El! (Abriendo el armario.)

JAC. Señora! Por qué ha dejado usted á Cartagena? Por qué he recibido hoy una carta de usted fechada en dicho punto y sin embargo se encuentra usted en Madrid? Y sobre todo ¿por qué estaba con usted ese caballero...?

ISAB. Un cúmulo de circunstancias me han obligado á tener á ese hombre aquí, contra toda mi voluntad; más quizás usted mismo le trajo para probar mi honradez!

JAC. Isabel.

ISAB. Que aquí hay *complot* no me cabe duda alguna; más ni lo entiendo, ni quiero entenderlo tampoco. En cuanto á mi presencia en Madrid, cierta carta la esplicará satisfactoriamente.

JAC. Carta?

ISAB. Que recibí en Cartagena y por la cual he venido á Madrid á espiar á usted y á *cierta Condesa.*

JAC. (¡Diantre!) Pero esa carta...

ISAB. Es anónima.

JAC. Y tú has creido por un anónimo...!

ISAB. Sí!

JAC. Pues todo es falso!

ISAB. No mientes mal! Dejando á una amiga en Cartagena encargada de poner en el correo las cartas que para tí yo desde aquí le enviaba, he venido á Madrid; y con decirte que lo sé *todo, todo*...

JAC. Pues yo te afirmo y sostengo que estás en un error: mas lo que me interesa saber es qué te dijo ese caballerito cuanto entró por la ventana. (¡Por que á mí me pareció verle en sus brazos!)

ISAB. Y cómo sabes tú que entró por la ventana?

JAC. Porque, te lo confesaré, Isabel; porque... es mi amigo.

ISAB. Dios los cria y ellos se juntan!

JAC. Me rogó que le acompañase; y yo, ignorando que de tí se trataba... Mas responde, qué te dijo al entrar?

ISAB. Qué huía de la justicia.

JAC. (Lo que me dijo que diría.) Y ¿qué hizo? (¡Yo le ví!)

ISAB. Nada. Le mandé salir...

JAC. Y por qué no salió?

ISAB. Porque se puso enfermo...

JAC. Y qué?

ISAB. Que se desmayó y tuve que sostenerle...

JAC. (Ah! Ya pareció aquello! En aquel momento fué cuando yo...)

ISAB. Se sentó allí y... (Señalando la silla que hay junto al tocador.)

JAC. Basta, no cuentes más. (Ya sé cuanto deseaba y respiro.) Ahora lo que te suplico, Isabel, es que me perdones. Te juro que no volveré á ver á la Condesa. Un compromiso me obligaba; pero...

ISAB. No creo en esos arrepentimientos tan repentinos.

JAC. El tiempo será testigo de que digo verdad. Vamos, perdóname! (Despues de un momento de vacilacion.)

ISAB. Imposible!

JAC. Por tus hijos!

ISAB. Por ellos te perdono.

JAC. Mi bien! (Besa la mano de Isabel. En este momento se presenta Luciano en la ventana y de un salto entra estrepitosamente en la escena.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—LUCIANO.

LUC. Si no me lo figuré, que me emplumen!

ISAB. Ah!

JAC. Tú otra vez?

LUC. ¿Conque es decir, que lo que no he podido yo conseguir en toda una noche lo consigues tú en solo un momento? Jacinto! Yo te voy á dar de palos, te lo aseguro.

JAC. Hombre, sería cosa de ver! (Riendo.)

LUC. De mí no te burles, porque... (Hace ademan de dar á Jacinto un bofeton.)

ISAB. (Interponiéndose entre Luciano y Jacinto.) Basta, señores. La prolongacion de esta escena es enojosa, y aún ofensiva para mí. (Dirigiéndose á Luciano y por Jacinto.) Este caballero que usted ve aquí, es mi esposo. (Pausa. Luciano mira á Jacinto y á Isabel.)

LUC. Pero ¿cómo se explica que...?

JAC. Es largo de contar. Desde el armario reconocí á mi mujer, que ha venido á Ma-

drid por cierto asunto... Ella me explicó... En fin, ya te lo contaré más despacio.

LUC. Dáme un bofeton! Dámelo, hombre! (Colocándose delante de Jacinto.)

JAC. Acreedor eres á ello; pero convencido de la inocencia de mi esposa y de la tuya, te perdono.

LUC. Gracias! Mas ahora advierto que estoy aquí de sobra y voy á marcharme. Lo que deseo es que me des el gaban.

JAC. En el armario están el tuyo y el mio. (Luciano va al armario, saca un gaban y se lo pone.)

ISAB. Pues ¿no me aseguró usted que los llevaba en el bolsillo?

LUC. Este trapisondista los escondió en el armario, y yo por disimular... En fin, señora, tengo el honor de ponerme á su disposicion, y suplico á usted que me dispense por todo lo sucedido: mas antes de salir, y por no pecar de descortés, me despediré de estos señores. (Por el público.)

ISAB. Nada más justo.

LUC. (Dirigiéndose al público.)

Es mi suerte desgraciada!
Ya veis cómo han terminado
las dichas que hube soñado;
mas si dais una palmada
quedaré mas consolado.

FIN DEL JUGUETE.

OBRAS DE LA MISMA AUTORA.

EL MARIDO Y LA MUJER, juguete cómico en un acto.
LA VIUDA Y LA NIÑA, id. id. id.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *Fernando A. Fé*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de *Administracion lírico-dramática.*

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 4 rs.